

§. XVIII.

Visitas importunas.

85 **H**Ay unos hombres, que de demasadamente urbanos, son intolerables. Hablo de los visitadores, que parece toman el serlo por oficio, ó lo exercen en virtud de algun particular nombramiento. Estos son unos ociosos, que no saben qué hacer de sí, ni qué hacer en el mundo, sino cansar á toda la gente honrada del Pueblo: unos ladrones del tiempo, que iniquamente roban á sus vecinos el que necesitan para sus precisas obligaciones: unos Caballeros Andantes, que con la lengua siempre en ristre, se emplean en hacer tuertos en vez de deshacerlos: unos portadores de parleta, que la andan mendigando de casa en casa: unos tramosos de cortesania, que venden por obsequio lo que es enfado.

86 Los que piensan captan la gracia de los poderosos con la continuacion de visitas, viven muy engañados. ¿Qué merito será para ellos tenerlos cada tercer dia aprisionados una hora en una silla, que viene á ser casi lo mismo que en un cepo, privandolos entretanto, yá de la diversion, que apetecian, yá de la ocupacion, que necesitaban? Lo que ordinariamente pasa es, que no bien el visitante, concluidas las ceremonias de despedida, vuelve las espaldas, quando el visitado echa mil maldiciones á su impertinencia; y si tiene á mano con quien pueda desahogarse en confianza, dice, que no vió mayor salvaje en su vida.

87 Gran lastima tengo á los pobres Ministros, por lo mucho que padecen en esta parte. A la pesadísima carga de su oficio se añade la molestísima sobrecarga de tanta visita, que no sé si es mas onerosa, que la taréa del Tribunal. Al fin, en el Tribunal oyen razonar á quatro, ó seis Abogados doctos; en su casa oyen á veinte impertinentes, y necios, que juzgan hacer mejor su causa, que brandole al Ministro la cabeza.

§. XIX.

§. XIX.

88 **S**obre el capitulo de visitas de enfermos es preciso escuchar, no solo las reglas de la cortesania, mas tambien las de la caridad: y es imposible, faltando á éstas, observar aquellas. Son los enfermos, tanto en la parte del alma, como en la del cuerpo, unos vidrios delicadísimos, que es menester manejar con exquisito tiento. A un cuerpo enfermo aun los leves tocamientos duelen: á una alma afligida aun especies indiferentes inquietan.

89 Visitar á los enfermos es, no solo accion de Urbanidad, mas tambien obra de misericordia; mas para calificarse de tal, es circunstancia esencial, y absolutamente indispensable, que la visita sirva al enfermo de alivio, ó consuelo. ¿Pero cuántas reciben de estas los pobres enfermos? Apenas una entre cincuenta. Los discretos son pocos, y los visitadores muchos. El que enfada con sus visitas á un sano, ¿qué hará á un enfermo? Ni basta ser discretos los que visitan, si su discrecion no se estiende á comprehender quando, cuánto, cómo, y qué se ha de hablar á cada doliente. El *quando*, se ha de saber del Medico, y asistentes: el *cuánto*, el *cómo*, y el *qué*, lo ha de reglar la prudencia del que visita.

90 En el *cuánto*, se peca ordinariamente. A los enfermos se ha de dar poca conversacion, aun quando por la qualidad sea de su gusto. Sobre que la atencion á lo que se les habla los fatiga, en esa atencion misma se ocupan, gástan, y disipan no pocos espiritus, que faltando esa distraccion, se emplearian en lidiar contra la causa de la dolencia. Así, por lo comun, conviene dexarlos en aquel medio sueño, en aquel ocio lánguido del alma, que, sin aplicar conato alguno, permite errar libremente por el celebro todas las ideas, que ocurren.

91 El *cómo*, ha de ser tal, que se evite toda molestia. Debe hablarseles en voz remisa. Los vocingleros descabran aun á cabezas de bronce; ¿qué harán á las de vidrio? No se les ha de molestar con preguntas, ó ponerseles por otra via en la precision de alternar la conversacion, porque

les resultan de ello dos fatigas : la de discurrir , y la de hablar.

92 El *qué*, sea el que se discurra mas grato para el enfermo , tocando siempre los asuntos mas conformes á su genio , y á que en el estado de sanidad se reconocia mas inclinado. Y á que en el estado de sanidad se reconocia mas inclinado. Y á que en el alimento del cuerpo huyen tantos Medicos , y asistentes de conformarse á su apetito , en que juzgo se yerra muchas veces , siquiera en el pasto del alma sigan su inclinacion ; en que nunca puede haver inconveniente , antes evidente utilidad. Quando hay muchas enfermedades en el Pueblo , puede hacerse conversacion sobre este asunto ; pero con la precaucion forzosa de darles noticia solamente de los que escapan , y en ningun modo de los que mueren : que he visto visitadores tan mentecatos , que apenas aciertan á decir otra cosa á un enfermo , sino que murieron fulano , y citano. Es mucho lo que se congoja el pobre con esto , porque en la lógica de su melancólico discurso su muerte se sigue , como ilacion de las otras.

93 A estas reglas generales añadiré la nota de dos errores , en que comunifimamente inciden los que visitan á los enfermos. El primero es el de preguntarles todos uno por uno , así como van entrando , como se hallan. Es menester la paciencia de Job para tolerar tanta pregunta identica. Aun en una levísima indisposicion es notable el tedio , y displicencia , que recibe el doliente , de que le pregunten una misma cosa tantas veces , y de haver de responder á todos de un mismo modo. Lo que se debe practicar es , preguntar el estado del enfermo á alguno de los de la casa , antes de entrar á verle , ó quando mas , preguntarlo en voz baxa al que estuviere mas á mano de los que entraron antes en el aposento. Puede tambien tomarse el expediente que practicaba un sugeto de mi Religion , y amigo mio , el qual , hallandose enfermo , hacia todas las mañanas al Enfermero escribir todo quanto le podian preguntar : como havia pasado la noche ; si el dolor de cabeza se havia exacerbado , ó disminuido ; el estado del apetito , y de la sed , &c. Este papel

papel mandaba fixar con obleas á la puerta de la celda , para que leyendole los que entraban , escusasen fatigarle con preguntas.

94 El segundo error es meterse los visitantes á Medicos. Esta es zuna de muchos. Cosa lastimosa es , que siendo el Arte Medico tan abstruso , tan arduo , tan difícil , que para conseguirle , el mas prolixo estudio es insuficiente , el mayor ingenio es corto , todos se metan á dar en él su voto. Así con lo que á cada uno se le antoja que puede aprovechar , ó como alimento , ó como medicina muelen á los enfermos , è inquietan á los Medicos. ¡Quántas veces he visto á Medicos muy advertidos hallarse sumamente perplexos sobre lo que debian ordenar ; y al mismo tiempo mil D. Teruleques cortar , rajar , hender , decir con suprema satisfaccion sobre el remedio , que convenia prescribir ! Quántas veces tambien he visto sacar estos importunos cachivaches de su paso al Medico prudente , y docto ; el qual bien contempladas las circunstancias de la enfermedad , y del enfermo , comprehendia que convenia estar quieto á la mira , dexando todo entretanto al beneficio de la naturaleza ; pero al fin , fatigado , y vencido (que no debiera) de las continuadas instancias de tanto ignorante , ponía las manos á la obra , y executaba lo que no convenia ! Suelen estos rudos gritar , que se debe ayudar á la naturaleza. Grande aforismo ! Todo el mundo le sabe. Pero lo que ellos piensan que es ayudar á la naturaleza , es en realidad cortar-le piernas , y brazos.

§. XX.

95 **T**odos los que están oprimidos de algun grave *Visitas* pe-
sar , son unos enfermos de determinada clase. *de pesa*
En las enfermedades , á quienes comunmente se dá el nom-
bre de tales , empieza el mal por el cuerpo , y del cuerpo
pasa al alma : en la enfermedad de tristeza empieza por el
alma , y del alma pasa al cuerpo. Para los apearados todos
los visitantes deben ser Medicos , ni hay otros Medicos que
los visitantes. La cura de las pasiones del alma no pertenece

á la Physica, sino á la Ethica. Asi, la discrecion del que visita puede conciliar al enfermo algun alivio; los preceptos del viejo Hippocrates ninguno.

96 ¿Mas qué sucede? Que las visitas de pésame añaden al dolor de los apesarados otra nueva tortura. A una viuda desolada, á un viudo, amantísimo de su difunta consorte, el precisarlos á estar de respeto, y formalidad un dia entero, ó muchos dias enteros, no es tenerlos otro tanto tiempo en un petro? Tiene el dolor grande su natural desahogo en lagrimas abundantes, en gemidos impetuosos, en clamores repetidos, en ademanes descompuestos. Nada de esto es permitido á quien está recibiendo visitas. Ha de estar con mucha compostura, sin mas expresiones de su dolor, que las que hace un Farfante en la aventura triste de una comedia. Se ha de ceñir á una representacion puramente theatral de su angustia. Las palabras, los suspiros, han de salir con medida, compás, y regla. Tiene un Oceano de amargura dentro del pecho, y solo se le consiente arrojar fuera una, ú otra gota. Y si se mira bien, ese no es desahogo, ni aun levísimo; antes la violencia, que se padece en acomodarse á estas demostraciones regladas, es añadidura del tormento.

97 La cruel resulta, que tiene en la gente dolorida impedirle la natural respiracion de la quexa, explicó bien el Picineli en el Geroglifico de un rio, que detenido, se hincha mas, con este lemma: *Ab obice crescit*. Es asi, que la angustia se aumenta todo lo que se oculta, y tanto ahoga, quanto no se desahoga, *Strangulat inclusus dolor*, dixo Ovidio, que fue muy practico en la materia.

98 Por esto juzgo yo, que convendria, que á los que están de duelo, solo los viesen sus parientes, y mas estrechos amigos, cuya familiaridad no impide, antes facilita aquellos rompimientos del alma, que desembarazan algo la opresion del pecho. Las visitas de estos deben tomar por principal asunto un sincero ofrecimiento de sus buenos officios, especialmente, quando el dolor tiene por motivo, ó parcial, ó total, la pérdida, ó efectiva, ó imminente de

algunas conveniencias temporales. Fuera de parientes, y amigos, y aun mas que estos, importa que los visite algun Varon espiritual, y discreto, cuya virtud sea notoria á todo el Pueblo. El consuelo, que dan los hombres de este caracter en qualquiera afliccion, ó por mejor decir, Dios por medio de ellos, es muy superior á todo el que pueden ministrar los mas finos parientes, y amigos. Y la mejor obra, que podrán hacer al apesarado los parientes, y amigos, será grangearle visitas de personas de esta calidad.

99 Todo lo dicho se debe entender de los duelos verdaderos, y grandes; que á la verdad hay en esta materia mucho de perspectiva. Si muere el padre, si la madre, si el marido, si la esposa, siempre el correlativo que queda acá, muestra alto sentimiento: ¿Pero quien lo ha de creer del marido, que se experimentó mas amante de la libertad, que de la esposa? Quién de la esposa maltratada del marido, que miraba como cautiverio el matrimonio? ¿Quién del hijo, en quien se traslucia esperar con impaciencia la herencia paterna? En estos casos viene bien la multitud de visitas de pésame; porque son proporcionados pésames de cumplimiento á duelos de ceremonia.

§. XXI.

100 **E**L escribir cartas con acierto es parte muy esencial de la Urbanidad, y materia capaz de innumerables preceptos; pero pueden suplirse todos con la copia de buenos exemplares. Asi el que quisiere instruirse bien en ella, lea, y relea con reflexion las cartas de varios discretos Españoles, que poco há dió á luz pública el sabio, y laborioso Valenciano Don Gregorio Mayans y Siscar, Bibliothecario de su Magestad, y Cathedratico del Código de Justiniano, en el Reyno de Valencia. Esto para las cartas en nuestro Idioma. Para las Latinas los que desearan una perfecta enseñanza, la hallarán en las del doctísimo Dean de Alicante D. Manuel Martí, que acaba de publicar en dos tomos de octavo el citado D. Gregorio Mayans; y en las del mismo Mayans, publicadas en un tomo de quarto el año de 1732. Y cierto confidero importantísi-

mo el uso de los tres libros expresados, porque es lastimoso el estado en que se halla la Latinidad en España, especialmente en orden al estilo familiar, y epistolar. ¡ Cuántas veces ocurre la necesidad de escribir ésta, ó aquella Comunidad grave alguna carta Latina á Roma, ú otro País extranjero, y quán pocos sujetos se encuentran capaces de escribir sino un Latin lleno de Hispanismos. ! Quando se ofrece hablar á un Estrangero, que solo se nos puede explicar en Latin, nos hallamos poco menos embarazados para confabular con él en este idioma, que si nos precisasen á hablar en Arábigo.

101 En la multitud de cartas se peca como en la frecuencia de visitas; ni las cartas son otra cosa, que unas visitas por escrito. Son muchos los que incurrén en este abuso. El motivo mas comun es captar la benevolencia de aquellos á quienes escriben. ¡ Notable necedad, pensar que con la molestia se grangea el amor! Lo contrario sucede á cada paso; y he visto á muchos con la repetición de cartas perder la estimación, que antes lograban, y sin esa molienda merecieran. Hay no pocos que las escriben por la vanidad de mostrar las respuestas, para que los respeten como á hombres, que se corresponden con personas distinguidas. Estos son molestos para aquellos á quienes las escriben, y para aquellos á quienes las leen. Lo ordinario es, que los que por este medio procuran hacerse espectables, solo consiguen ser tenidos por ridiculos. Apenas hay quien no haga mofa de los que de corro en corro andan leyendo sus cartas, como los malos Poetas sus versos.

102 ¿Pero qué remedio habrá contra tales impertinentes? Hacerse desentendidos los que reciben las cartas, y no responderles. ¡O, que esto es falta de Urbanidad! No, sino sobra de discreción; y la aprehensión contraria reputo por error comun. No hay quien tenga por inurbanidad despachar una, ú otra vez á un moliente de visitas, haciendo que no está en casa. ¿Por qué será inurbanidad portarse con un moliente de cartas, como si una, ú otra se huviese perdido en el Correo? Yá se vé, que al escritor le do-

dolerá la falta de respuesta. Mas si yo me curo de una indisposición que padezco, con una medicina que me amarga á mi, ¿ cuánto mejor será curarme de una molestia con un remedio, que amarga al mismo que me causa el mal? Ello, parezca bien, ó mal, yo así lo práctico, y me es absolutamente imposible hacer otra cosa; siendo cierto, que si quisiese responder á todos, ni tendría caudal para pagar los portes, ni tiempo para escribir las respuestas.

A P E N D I C E

103 **A**L num. 69, debaxo de la autoridad de Quintiliano, notamos de inurbana la chanza, que se estiende á asuntos genéricos, comprehensivos de muchas personas, yá presentes, yá ausentes. Pero reservamos para aqui individuar, y corregir el abuso mas damnable, que se comete en esta materia. Este es el de chancar, zumar, y aun zaherir sobre el capitulo del estado Religioso.

104 ¿Creerán los Hereges, que muchas veces entre Catholicos la profesion del estado Regular sea asunto de irrisión, ó ludibrio? Creerán, que muchas veces á un Religioso le llaman *Frayle* por mofa? Creerán, que haya hijos de la Iglesia Romana, que hablen de los Religiosos aun con mayor desprecio que ellos mismos? Creerán que hay entre nosotros quienes, quando un Religioso en alguna acción declina de las reglas del pundonor, les parece, que la qualifican sobradamente de indecorosa con decir, que es una *Fraylada*? No sé si lo creerán; pero ello así es.

105 No veo á la verdad, que este desorden suba muy arriba; pero tampoco se queda muy abaxo. Dividiendo los entendimientos de los hombres en tres clases, alta, mediana, y infima, se hallará que el barbaro language de hablar con desprecio de los Religiosos es vulgarissimo en la infima, tiene algun lugar en la mediana, pero nunca llega á la suprema. El no arribar jamás esta clase consiste, en que los

los hombres de entendimiento claro vén con evidencia, que el estado Religioso por muchas razones mueve á veneracion, y por ninguna á desprecio. Como la clase media de entendimientos tiene mucha latitud, tanto mas, ó menos adolece de este vicio, quanto más, ó menos se acerca, ó á la alta, ó á la infima. Creo que en muchos, ó los mas de esta clase no procede de dictamen el asco, que en determinadas ocasiones hacen de los Religiosos, sino de que no les ocurre otra cosa con que zaherir, quando algun Religioso les ocasiona algun enfado, ó quando en conversacion festiva se vén precisados á reciprocarse la zumba.

106. Vamos ya á cuentas, señores Seculares, sean los que se fueren, que es la materia mas grave que lo que V. ms. imaginan, y por decirselo francamente, el hablar con vilipendio de los Religiosos como tales, tiene un olor infernal. En un Religioso hay que considerar la persona, y el estado. La persona tendrá acaso muchos, y graves defectos, en cuyo caso será reprehensible, y aun despreciable por ellos; mas no por eso el desprecio se debe, ó puede estender al estado. Aunque la persona sea malísima, el estado siempre es santísimo. Aborrecer los vicios de un Religioso malo, nace de un dictamen justo: insultar el estado, no puede eximirse de sacrilegio. ¿Qué significa quando un Religioso con alguna accion poco decorosa, ó imaginada tal los ofende á V. ms. decir, que obra como Frayle, ó que su accion es Fraylada? Sin duda no significa otra cosa, sino que su profesion por sí misma influye, y inclina á acciones torpes: ni mas, ni menos que de un hombre vil por su oficio; v. g. un Carnicero, al cometer una infamia, se dice, que de un Carnicero no se podía esperar otra cosa, ó que obró conforme á la vileza de su ministerio. Vean V. ms. si esto es condenar un estado que la Iglesia aprueba, desestimar lo que la Iglesia aprecia, vilipendiar lo que tantos Sumos Pontifices han calificado con altísimos elogios. Veanlo V. ms. y reflexionen lo que de aqui se sigue, que será mejor que V. ms. lo deban á su reflexion, que á mi advertencia.

Pero

107. Pero convengo en que baxemos la mira, y tratemos la materia mas humanamente, como si la questão fuese con personas que miran con indiferencia el infalible, y venerable dictamen de la Iglesia Catholica Romana. Prescindase, digo, de la aprobacion, que logran de la Iglesia todos los estatutos Regulares, y miremos el asunto, digamoslo así, con puramente mundanos ojos, fiquiera porque no nos digan, que por destituidos de otra defensa, nos acogemos á Sagrado.

108. ¿Por dónde el nombre de Frayle podrá ser de mal sonido, ú de baxo significado? Cinco clases de Religiosos hay en la Iglesia de Dios, Canónigos Reglares, Monacales, Religiosos Militares (prescindiendo por ahora de la famosa questão de si lo son rigurosamente), Clerigos Reglares, y Mendicantes. Algunos comprehenden baxo el nombre de Frayles á todos, exceptuando los Militares. Otros á todos los que preponen al nombre la voz *Fray*. Otros, finalmente, solo á los Mendicantes. Yo nunca he sido delicado, sobre esta materia. He visto muchos Monacales, que lo son, y al darles el nombre de Frayles, responden con enfado, que no son Frayles, sino Monges. Es cierto, que tomando la voz *Frayles* en la tercera acepcion, distinguen bien, porque el estado Monacal, y el Mendicante constituyen entre los Regulares clases distintas. Tambien tomando la voz *Frayles* en la segunda acepcion, distinguen oportunamente; porque la agregacion del *Fray* al nombre en los Monacales es una intrusion de poco tiempo á esta parte; y aun esa intrusion se ha estendido poquísimo. En Francia, Italia, Alemania, y Flandes, todos los Monacales preponen simplemente la voz *Don* al nombre; *D. Juan de Mabillon*, *D. Lucas de Acheri*, *Don Edmundo Martene*. Aun dentro de España los Cistercienses de la Corona de Aragon se tratan mutuamente de *Don*. Los Hijos de San Basilio ya se dán en toda España el mismo tratamiento. Aun en nuestra Congregacion de San Benito de Valladolid, que es donde tuvo principio esta innovacion, algunos particulares se dán reciprocamente *Don*, sin que los superiores lo cor-

Tomo VII. del Teatro.

Mm

ri.

rijan; por tener comprehendido, que este tratamiento es conforme á la Regla de nuestro Gran Patriarca S. Benito, como probó en un docto Escrito, que sacó á luz el año de 1733 el P. Maestro D. Isidoro Andrés, Monge Cisterciense de la Corona de Aragon, hijo del célebre Monasterio de Santa Fé, y al presente Lector de Artes en el Monasterio de la Oliva, joven de amenísimo ingenio, y de altas esperanzas.

109 Todo esto es verdad. ¿Mas todo esto para el asunto qué importa? En la consideracion de otros, mucho; en la mia, poco, ó nada. De qualquiera modo que se tome la voz *Frayle*, y que se atienda á su derivacion, que á su significacion, es honradísima. Derivase de la voz Latina *Frater*, que significa *Hermano*. ¿La hermandad de los Religiosos unidos debaxo de un techo, ú debaxo de un Instituto, tiene algo de malo? El Espiritu Santo en la pluma de David la calificó de buena, y muy buena: *Ecce quàm bonum, & quàm jucundum habitare fratres in unum*. Lo que significa es un hombre destinado al Culto Divino (sea debaxo de este, ú de aquel Instituto), consagrado á Dios, Ministro de su Casa, Doméstico del Omnipotente. ¿Hay en esto alguna baxeza? No, sino nobleza suma. ¿Por qué, pues, se afuéa la voz *Frayle*?

110 Mirémos las cosas á otra luz, y humanemos aun mas la consideracion. Todo lo que los hombres de razon estiman en los hombres (dexando aparte los bienes de fortuna, que son mas objeto de la lisonja, que de la veneracion) se reduce á tres capitulos, Ciencia, Virtud, y Nacimiento. O por lo menos, estos son los principales. ¿Por cuál de estos tres desmerecerán los Frayles? Por la ciencia? Es sin duda, que á la reserva de una Religion sola, tantos á tantos sin comparacion, mas ciencia se halla en los Religiosos, que en los Seculares. Entre aquellos casi todos estudian; entre estos los menos, ó solo un poco de Gramatica. ¿Por la virtud? Quién negará, que tantos á tantos se puede pronunciar en orden á este capitulo lo mismo que acabamos de decir en orden al de la ciencia? Por el

el nacimiento? Hay muchos, muchísimos, muy nobles; y para todos se hacen pruebas de limpieza de sangre: en algunas Religiones, como en la mia, tambien de limpieza de oficio. ¿A vista de esto, quién no se irritará de que innumerables trastos indignos, que hay en el mundo, despreciables por todos Capítulos, ineptos para todo, sino para comer; ignorantes, torpes, rudos, y aun de nada calificado nacimiento, hablen con asco de los Frayles? Quando entre estos hay muchos, que aun atendido solo el nacimiento, los exceden muchos codos; y si se huviesen quedado en el siglo, no los admitirian por criados de escalera arriba. ¿Quántos, sin mas merito que una peluca en la cabeza, miran los Frayles allá abaxo con un desdén fastidioso! Como si, prescindiendo de todas las demás circunstancias, no fuese mucho mayor honra cubrir la cabeza con una capilla, de qualquier tela, ó paño que sea, que no con una peluca.

111 Finalmente, señores Seculares, eso de apellidar *Fraylada* á la accion ruin, ó descomedida, en que tal vez caen uno, ú otro Religioso, les aseguro que es una necesidad muy de marca mayor. O esa denominacion significa, que es proprio de los Religiosos obrar así, ó lo que coincide á lo mismo, que así obran comunísimamente: proposicion que (dexando á parte la qualificacion que merece) evidentemente se convence de falsa por experiencia, y por razon. Tantos á tantos, como arriba dixé en orden á ciencia, y virtud, mas pundonor se experimenta en los Religiosos, que en los Seculares. A la reserva de algunos poquíssimos, siempre he visto á aquellos muy constantes en sus amistades, muy fieles en sus promesas, muy gratos á sus bienhechores, &c.

112 A esta experiencia sufragan dos razones de gran peso. La primera se toma de la educacion de los Religiosos, la qual es una continua instruccion en todo genero de virtudes morales, en que son comprehendidas las que acabamos de expresar, y todas las demás, que constituyen á un hombre pundonoroso, ó como decimos vulgarmente hombre de bien.

113 La segunda razon tiene fuerza mas sensible. El motivo, porque ordinariamente los hombres cometen acciones ruines, es la nimia adhesion á los propios intereses. Falta éste al amigo, aquel al pariente, el otro al bienhechor, porque les tira mas el propio interés, que la amistad, que la gratitud, que el parentesco. Ahora bien: es manifesto, que el interés propio tiene mas fuerza en los mas de los Seculares, que en los Religiosos. Todos los casados encuentran á cada paso un grande estorvo para obrar con generosidad, en la atencion que tienen al interés de su confor-te, y de sus hijos: tropiezo de que carecen los Religiosos, y demás Eclesiasticos. Quántos, si no tuviesen otro motivo de interés, que el de la propia persona, le abandonarían bizarramente por obrar conforme á las leyes del pundonor; pero las conveniencias de la muger, y de los hijos, los arrastran, y obligan á executar alguna ruindad, que sin ese atractivo no executarían! Aun respectivamente á los intereses puramente personales, si se hace el cotejo con los Seculares de cortos medios, se hallará, que los Religiosos están mas desembarazados para obrar con honradéz en las ocasiones que se ofrezcan. Los mismos Seculares lo advierten esto, pues quando algun Religioso, poniendoles delante su propio exemplo, los exorta á obrar con mas pundonor, y menos codicia, lo que responden es, que el Religioso tiene seguro el plato, y ellos no. Luego por qualquiera parte, que se mire, mas propio es de los Religiosos obrar con honradéz, que los Seculares. Dexese, pues, esa simpleza de tomar las voces *Frayle*, y *Fraylada* ácia mala parte; ó quando mas, estanquese ese uso de las voces en Chozas pastoriles, Mesones, y Tabernas (a).

(a) Despues de escrito, é impreso el Apendice, con que concluimos el Discurso, cuyo titulo ponemos aqui, meditando mas en la materia, hemos descubierto un principio, de que pende, que muchos Seculares improprian á los Religiosos como menos exactos en cumplir con las leyes del honor. Este principio no es otro, que una errada maxima reynante en los mas de los hombres, en orden á lo que vulgarmente llamamos *Honria de bien*. Del modo que muchos conciben el significado de esta expresion, no le hallan en los mas de

ADVERTENCIA PREVIA á los Discursos siguientes.

Protesto, que quanto dixere en los Discursos que se siguen, no quiero que tenga otra fuerza, ó caracter, que el de humilde representacion hecha á todos los Sabios

de los Religiosos; y lo mas particular, ó paradoxico, digamoslo así, que hay en la materia, es, que quanto mejores, y mas hombres de bien sean los Religiosos, tanto mas distantes de que, los que tienen formado aquel errado concepto, los reputen tales. Todos se meten á calificadores en esta materia, discerniendo á cada paso quienes son, y quienes no son hombres de bien. No hay asunto mas comun en las conversaciones ordinarias. Con todo aseguro, y repito, que son muy pocos los que saben en qué consiste ser hombre de bien. Esto nos mueve á tratar con alguna extension este punto. Es muy importante en él el defengaño, por ser el error, que vamos á impugnar, sobre muy comun, muy pernicioso.

Explicacion de lo que es ser hombre de bien.

2 En una plaza llena de gente buscaba Diogenes un hombre, y no se hallaba. En mucho mayor concurso; esto es, en el de los Juegos Olympicos, dixo en otra ocasion, que havia visto muy pocos. Lo que con afectacion filosofica decia Diogenes de los hombres, podrá con verdad decir de los hombres de bien el que se aplicare á buscarlos por el mundo.

3 Si el testimonio de cada uno en causa propria hace fé en la materia, de nada hay mas copia; si se examina la razon, de nada hay mas falta. La jactancia de hombría de bien es casi universal. Entre la gran multitud de individuos, que he tratado en todos los Países adonde estuve, muy pocos hallé, que á la primera conversacion, que tuve con ellos, no los oyese alabar de esta excelente partida. Y qué se debe inferir de aqui? Que hay muy pocos que la posean. Si esta jactancia no es totalmente agena de los hombres de bien, funda por lo menos una fuerte sospecha contra la realidad de serlo. El que verdaderamente lo es, fia la opinion de tal al testimonio de sus obras. Nadie cuida menos de recomendarse á sí mismo para negociar los aplausos, que el que se los hace debidos con sus méritos.

4 Mas para qué usar de presunciones, donde están las evidencias? Quántos hay en millares de hombres, que prefieran siempre las leyes del honor al atractivo del interés? Quántos, que abandonen las espe-